

Fue un momento fatal de embriaguez, en el cual cometí mi crimen. Alguien me dijo que mi novia me traicionaba; yo la amaba con toda mi alma ¡figúrese usted la impresión que tal noticia me hizo! Como un loco me dispuse a sepultar ese amor en un mar de aguardiente y me trasladé a la cantina en la cual estuve tomando largo rato. ¿Cuánto tiempo estuve allí? no lo sé. Sólo recuerdo que la vi pasar a ella acompañada por un hombre, y al verla no me fue posible dominarme y ciego de cólera y celos, sepulté mi puñal varias veces en su pecho.

Convicto y confeso fui condenado a prisión, y hace ya diez años que soporito con resignación mi condena, pues considero que sin ser inocente, tampoco soy tan culpable como se me cree.

Si los hombres se preocupasen por vida de sus semejantes, es probable que la criminalidad disminuiría.

Quizá no esté lejano el día en que los hombres, apiadados de sus semejantes, se unan decididos a extirpar la miseria de las sociedades.

## ¡Unámonos!

¡Democracia, Democracia, palabra hueca y sin sentido con la cual procuran los gobernantes cubrir la miseria del pueblo, cuya libertad y soberanía son irrisorias!

Democracia, velo demasiado pequeño que no oculta a los ojos de los ojos de los hombres conscientes, la faz demacrada y llorosa de un pueblo que vive una vida de abyección, originada por la miseria.

Democracia, mordaza con la que se procura ahogar los lamentos de la masa, de esa masa sepultada por la sociedad en el lodazal de los vicios.

"Libre y soberano es el pueblo", dicen ciertas constituciones.

¿Dónde están esa libertad y esa soberanía? ¿Dónde se encuentran? ¿Existe en la práctica el bello principio que emana de esa frase, o es ella un conjunto de palabras con el cual se trata de adormecer y engañar a las gentes? Desgraciadamente, lo que es para uno un principio práctico, para otros es idealismo. Y ese principio es cierto para las clases pudientes, las cuales gozan de libertad y de soberanía gracias al oro de sus arcas. Con ese oro pisotean las leyes, con ese oro imponen que las cárceles cierren tras ellos sus puertas y ese oro les permite hasta dictar leyes que el pueblo tiene que acatar amedrentado. Esta parte del pueblo sí es libre; esta fracción de la masa sí es soberana.

¿Y la otra, será libre también? NO; no es libre para desgracia suya y para dicha de sus amos. No es libre porque no quiere serlo; porque sus componentes viven en guerra fratricida; porque los seres que la integran, se niegan a darse el abrazo fraternal del trabajador.

Sólo será libre y soberana, cuando todos los desheredados de la fortuna se unan en un estrecho y fraternal abrazo y entonen confundidas sus almas un himno al trabajo.

¡Obreros, empleados públicos, profesionales y todos vosotros, hombres de sano criterio e ideas puras, uníos, uníos para luchar por la felicidad del pueblo!

¡Uníos, no para conseguir que los felices ocupen el lugar de los infelices, sino para que éstos vayan a colocarse al lado de aquéllos! ¡No se trata de nivelar la miseria, sino la felicidad!

¡Hombres de corazón, uníos y luchad por la más santa de las causas: la felicidad del prójimo!

## Los grandes ladrones

Va un hombre por la calle desgreñado y mal vestido. Es un jornalero que va en busca de trabajo. Llama a muchas puertas, pero no consigue lo que desea. Sale entonces de la ciudad, y toma un camino cualquiera. A las orillas de éste hay grandes extensiones de tierra, sin cultivo alguno. Como él, andan muchos sin trabajo también. ¿Y en aquellas tierras no podrían todos trabajar? No. Todo aquello pertenece a señores, que tienen de sobra lo que necesitan y que por consiguiente, no tienen ningún interés en ponerlas a producir ¡Oh pésima organización social! ¡Cuántas fuerzas que podrían ser transformadas en granos, en abundancia, se pierden! En tanto... el pueblo tiene hambre.

El peón de nuestro cuento logra que un señor obeso, muy rico, muy avaro y muy holgazán, le dé trabajo con un sueldo de €2.50 diarios. Acepta, aunque tiene una esposa y cinco hijos que mantener. Peor sería no ganar nada.

Una mañana, comienza a trabajar solo en un terreno que el señor obeso tenía allí abandonado. Son aproximadamente cuatro manzanas.

En una semana, queda todo sembrado de frijoles y él también queda... de nuevo sin trabajo.

¿Cuánto ha ganado? €18.00 aproximadamente. De eso, pagó cinco colones de alquiler de casa (veinte mensuales) y el resto no le alcanzó ni para los frijoles, solo los frijoles, que su familia consumió en la semana. Le quedan algunas deudas. El hogar sigue lleno de tinieblas.

En tanto, las lluvias empapan el suelo, haciendo reventar las simientes y reverdecer todas las cosas.

El señor obeso, está contento. Los frijoles se han dado muy bien. Tendrá, una magnífica cosecha.

Vino la recolección. Obtuvo 8 fanegas del rico alimento del pueblo, que fueron a llenar sus bodegas y sirvieron para colorear su rostro de alegría.

Esperó la escasez y luego los sacó al mercado. Le produjeron mil y pico de colones, habiendo deducido antes, los del gasto de su familia.

¿Y sabéis una cosa? El infeliz peón que había sembrado los frijoles, tuvo necesidad de comprarlos, y por una partícula de ellos dio más de los €18.00 que por sembrarlos le habían pagado ¡Oh, el señor obeso! ¡Qué contento debe estar!

Decidme: en justicia ¿de quién eran los frijoles? ¿Verdad que del pobre peón? El obeso los cogió porque de él era el terreno. Pero ¿con qué derecho poseía aquel hombre un terreno que no podía cultivar? ¿La tierra no es de todos? ¿Todos no somos acaso hijos de la misma Naturaleza? Aquel señor obeso ¿no es en el fondo un ladrón amparado por las leyes? ¿Os parece buena nuestra organización social?

Imaginaos que aquel jornalero, impulsado por el hambre, hurtara a aquel patrón dichoso unos cuartillos de frijoles ¿Sabéis qué diría el patrón al comparecer ante los tribunales? Diría lo siguiente: "Este es un pueblo canalla. Le protege uno dándole trabajo, y luego viene el malagradecido a pagar robando lo que es muy de uno."